

## El payaso de Galdina

Ismael

Teobaldo

(Casa antigua. Se encuentra Teobaldo acomodando algunos objetos en cajas. La puerta de calle está abierta. Entra Ismael disfrazado de payaso observando hacia todos lados sin comprender la situación).

Ismael —Permiso.

Teobaldo —(Que no sabe quién es) ¿Sí?

Ismael —Sí, hola. ¿Qué tal?

Teobaldo —¿A quién busca?

Ismael —¿No se encuentra Galdina? (Teo niega con la cabeza).  
¿Se mudó?

Teobaldo —No. Galdina falleció.

Ismael —(Esperando haber entendido mal). ¿Falleció?  
(Teobaldo confirma con su cabeza. Ismael no lo puede creer).  
¿Cómo que falleció? ¿Qué pasó?

Teobaldo —(Que no entiende la reacción) ¿Usted quién es?

Ismael —(Sin contestar la pregunta) No puede ser. ¿Qué le pasó?

Teobaldo —Un ataque al corazón. ¿De dónde la conocía?

Ismael —(Para sí). ¿El corazón? ¿Justo el corazón?

Teobaldo —(Insistente). ¿De dónde la conocía a mi mamá?

Ismael —¿Usted es su hijo?

Teobaldo —Sí, soy Teobaldo.

Ismael —Claro, Teobaldo. Teobucho.

Teobaldo —¿Cómo sabe que, me dicen Teobucho?

Ismael —Galinda me mostró fotos tuyas de cuando era chico.  
Siempre me mostraba sus fotos.

Teobaldo —¿Mis fotos?

Ismael —Tenía una que era su preferida. Una en donde está usted en el campo, arriba de un caballo marrón, con un sombrero de vaquero. Creo que está puesta con un imán en la heladera.

Teobaldo —(Se acuerda de la foto). Sí, fue en el campo de mi tío. Pero...No entiendo. ¿Por qué le mostraba esas fotos?

Ismael —(Se da cuenta que nunca se presentó). Perdón. Yo soy Chaparrito. El payaso Chaparrito. Un gusto. Es hermoso conocerte en persona.

Teobaldo —¿Trabajás de payaso?

Ismael —Sí. Va, en realidad tengo varios personajes. Pero su mamá siempre pidió que sea un payaso. Todavía me acuerdo cuando me llamó por primera vez. Inventé este personaje para ella.

Teobaldo —¿Y para qué lo llamó mi mamá a usted?

Ismael —(Recordando) Creo que le pasó mi número Elsita.

Teobaldo —¿Qué Elsita? ¿La vecina?

Ismael —Claro. La que vive acá, a dos casas.

Teobaldo —Sí, claro. Merendaba en su casa cuando era chiquito.

Ismael —Sí, me contó. Me dijo que usted comía chocolate águila con pan.

Teobaldo —Es cierto. Me había olvidado.

Ismael —Siempre hablaba de usted. Lo extrañaba. Me dijo que nunca más pasó a visitarla.

Teobaldo —Es que... vivo en capital... y siempre ando ocupado... (Se da cuenta que no tiene que darle ninguna explicación). ¿Y usted? ¿A qué se dedica? No entiendo.

Ismael —Doy servicios... sexuales.

Teobaldo —(Que espera haber entendido mal). ¿Cómo?

Ismael —Claro. Las mujeres me llaman, me dicen que quieren, cuál es su fantasía, y yo trato de cumplírselas.

Teobaldo —Decime que me estás cargando...

Ismael —No. ¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

Teobaldo —¿Vos me estás diciendo que... (No lo puede decir).

Ismael —Está bien. Entiendo que, en su rol de hijo, no es fácil asumir que su mamá necesitaba...

Teobaldo —Ojo lo que vas a decir.

Ismael —...cierto... desahogo.

Teobaldo —Mi mamá tenía sesenta y cinco años.

Ismael —Sesenta y siete.

Teobaldo —(Se da cuenta que el otro tiene razón y no le cae en gracia). Sí, sesenta y siete.

Ismael —Igual, su mamá para mí, era mucho más que una clienta.

Teobaldo —Dejá, no me contés más nada.

Ismael —Está bien. No hay problema.

Teobaldo —Es una locura (Que sigue sin poderlo entender). ¿Y con Elsita también?

Ismael —Sí, claro. Primero fue con Elsita. Para ella era “Sandokan”.

Teobaldo —¿Quién es Sandokán?

Ismael —Otro de mis personajes.

Teobaldo —¿También es un payaso?

Ismael —No, no. Sandokán es un perro mantonegro.

Teobaldo —¿Un perro?

Ismael —Sí, tengo un vestuario increíble. Parece que lo hubieran hecho con pelo de perro de verdad.

Teobaldo —¿Vos me querés decir que ella tiene la fantasía de... (No puede decirlo del asco).

Ismael —Así parece. Si me pongo a contarle lo que me pide cada cliente, tengo para escribir un libro. (Recuerda). Me acuerdo una vez que me llamaron las dos juntas.

Teobaldo —¿Cómo las dos juntas?!

Ismael —Claro. O sea, primero me llamo una y después la otra. (Tratando de sintetizar). El asunto es que tenía que ir a lo de su madre, y a la salida, pasar por lo de Elsita. Y con el apuro, y toda la cosa, me olvidé de cambiarme, y le caí a Elsita con el traje del payaso Chaparrito. Ahí fue cuando me enteré que Elsita, tenía Fobia a los payasos. No sabe lo que fue. Se puso a gritar como una loca. Salieron todos los vecinos a socorrerla. Por suerte su madre me salvó. Dijo que era su sobrino del exterior, que le quería dar una sorpresa, y que me había confundido de casa... Casi se nos va Elsita ese día. Quien iba a decir que su mamá se iba a ir primero...

Teobaldo —La verdad es que toda esta situación es muy incómoda para mí.

Ismael —Sí, lo entiendo. Pero déjeme decirle, que en los años que llevo haciendo esto, descubrí que todas las personas tienen sus fantasías. Usted también debe tener las suyas... ¿O no?

Teobaldo —Preferiría no hablar de eso con vos.

Ismael —Por más que no lo hable, las tiene igual. Todos las tienen. Desde las monjas hasta los policías. Los políticos, los ricos, los pobres... El asunto es animarse a cumplirlas en vida.

Teobaldo —¿Fueron muchas veces?

Ismael —¿Con Galdina? (Teo afirma con la cabeza). No sé. Nunca llevé la cuenta.

Teobaldo —Nunca lo hubiera imaginado.

Ismael —Estaba muy sola.

Teobaldo —Sí, ya se.

Ismael —¿Pudo llegar a verla viva? (Niega con la cabeza).

Claro, lo llamaron cuando ya era demasiado tarde.

Teobaldo —Murió cuando yo venía viajando para acá.

Ismael —Igual quiero que sepa que no todo era sexo.

Teobaldo —(Irónico.) Bueno, me alegro mucho.

Ismael —Al principio sí. Pero después terminaron importando más las charlas, las cenas... Hacernos compañía más que nada.

Teobaldo —¿Y tu familia que dice de todo esto que hacés?

Ismael —No tengo familia. Soy huérfano.

Teobaldo —Ah...

Ismael —Lo más parecido que tuve a una familia fue Galdina. A veces estábamos cenando y me decía Teobucho. Le salía sin querer... Serían las ganas de tenerlo a usted acá.

Teobaldo —(Que no tiene ganas de hacerse cargo de su ausencia como hijo). Bueno, Chaparrito. Yo tengo que terminar acá y me tengo que ir.

Ismael —Claro, entiendo.

Teobaldo —No sé cómo reaccionar con todo esto que me contaste.

Ismael —Quizá no tendría que haberle contado nada.

Teobaldo —Y... la verdad que no.

Ismael —Pero bueno. Entenderá que a mí también se me fue alguien importante.

Teobaldo —Sí, por lo que me contás, entiendo... Entiendo que al margen de toda lo innombrable, le hiciste compañía.

Ismael —Eso que para usted es innombrable, nos hace seres humanos.

Teobaldo —Sí, claro. Muy lindo.

Ismael —¿Podría ir al velorio?

Teobaldo —(No sabe que decir). No sé... mirá... es complicado para mí.

Ismael —Entiendo. No hay problema.

Teobaldo —Está bien. Andá. Pero no vayas disfrazado de nada, por favor.

Ismael —No, no. Voy de civil.

Teobaldo —Te pido que todo esto quede acá, que no se lo cuentes a nadie. No quiero que cambie la imagen de mi madre para la gente.

Ismael —Olvidesé. Sé que para mucha gente el sexo es vergonzoso. (Ismael le da la mano) Un gusto.

Teobaldo —Antes de irte... ¿Me dirías cuál es tu nombre real?

Ismael —Claro... perdón. Me llamo Ismael.

Teobaldo —(Sorprendido). ¿Ismael?

Ismael —Sí.

Teobaldo —¿Ismael Arriaga?

Ismael —(Sorprendido). ¿Cómo sabe mi apellido?

Teobaldo —(No lo puede creer. Está pasmado. Se sienta. Como habiendo descubierto un misterio) Usted es Ismael Arriaga.

Todo esto es una locura.

Ismael —No entiendo. ¿Qué pasa?

Teobaldo —Mi mamá le dejó esta casa a usted.

Ismael —¿Qué?

Teobaldo —Así como me oyó.

Ismael —Es imposible.

Teobaldo —(Saca la carta del abogado del bolsillo de su saco.

Lee). “Le dejo mi casa, con todo lo que hay dentro de ella, a Ismael Arriaga. Ya que fue quien iluminó los últimos años de mi vida”

Ismael —(No lo puede creer) ¿Su casa?

Teobaldo —(Dándole el papel a Ismael). ¿Querés leerlo vos mismo?

Ismael —No, está bien. Le creo.

Teobaldo —Toda la familia pensaba que se trataba de un señor mayor. Pero no encontramos números, fotos, nada. Y al final mirá quien era el señor Arriaga.

Ismael —Yo no puedo aceptar esta casa.

Teobaldo —¿Cómo que no podés?

Ismael —No, yo estoy alquilando un departamento. Ya tengo donde vivir.

Teobaldo —Mirá, si el deseo de mi mamá era que la casa sea tuya, yo no puedo hacer nada.

Ismael —Yo no la quiero.

Teobaldo —¿Por qué no la querés?

Ismael —Porque no corresponde. Él hijo es usted.

Teobaldo —Parece que no era así para mi mamá...

Ismael —Ello lo quería mucho. Estaba muy dolida por su ausencia, porque nunca la llamaba, y ni se preocupaba por ella... Debe haber sido eso. Pero nunca dejó de amarlo. Nunca dejó de hablar de usted... Seguramente su mamá quiso dejarme la casa porque sabía que yo no tengo nada. Pero no corresponde.

Teobaldo —¿No te gustaría tener una casa?

Ismael —Me gustaría tener una casa si me la puedo comprar yo. No quiero nada regalado. Nunca me regalaron nada.

Teobaldo —Bueno, parece que mi madre quería que vivas acá.

Ismael —Todo lo que su madre podía darme, ya me lo dio. Y no estoy hablando de nada vergonzoso. Yo fui usted por unos cuantos años. Fui su hijo. Pero ya está, el cuento se terminó. Y lo vivido me lo llevo. Tengo que seguir adelante. (Saca una tarjeta) Tome. Ahí está mi número. Que el abogado me llame para firmar lo que haga falta para que esta casa vuelva a sus manos.

Teobaldo —Mirá que si la casa vuelve a ser mía la voy a vender.

Ismael —Y vendalá... Que le sea útil... (Silencio) Mire, yo me llevo los recuerdos de los últimos años con su madre, me parece que usted al menos se tendría que quedar con la casa. (No le contesta).

Teobaldo —¿Quiere alguna foto?

Ismael —No hace falta. Tengo muy buena memoria. (Comienza a salir). Hasta luego.

Teobaldo —Entre los girasoles.

Ismael —(Volviéndose). ¿Cómo?

Teobaldo —Ésa es mi fantasía. Hacerlo en el campo, entre los girasoles.

Ismael —Interesante. ¿Y ya la cumplió?

Teobaldo —No. (Piensa. Lo mira a Ismael) Todavía no. (Ismael sonrío y sale).